

El Nuevo Sur

Factor clave para el Futuro Sostenible

Maurice Strong
Presidente del Consejo de la Tierra
Presidente de Ontario Hydro

He tenido la fortuna de haber formado parte de muchos de los eventos claves del movimiento para un desarrollo sostenible. Desde la embriónica Declaración de Estocolmo, acordada por la Conferencia de las Naciones Unidas para el Ambiente Humano en 1972, hasta la histórica reunión de la Cumbre de la Tierra en Río de Janeiro. Desde entonces y hasta el presente, han habido importantes hitos, sorpresas y retrocesos. Mis propios deseos se alimentan del hecho de que la preocupación por el medio ambiente de unos cuantos científicos, conservacionistas y futuristas que surgió un cuarto de siglo atrás, ahora es ampliamente compartida por personas en todas partes del mundo. Y existe evidencia de que las soluciones a estos problemas pueden ser encontradas cuando hay suficiente voluntad para hacerlo.

La tesis principal de este trabajo es que el futuro seguro y sostenible de la comunidad humana estará determinado, en gran medida, por la naturaleza y la dirección que sigan los grandes cambios que están transformando al mundo en desarrollo en lo que yo llamaría el "nuevo Sur", así como por la forma en que los países industrializados tradicionales contribuyan y respondan a estos cambios.

Conforme avanzamos hacia el siglo XXI, la ingenuidad humana y los milagros forjados por la ciencia y la tecnología han producido una civilización que va más allá de los sueños más atrevidos de las generaciones pasadas, y nos han dado las herramientas para construir un futuro más excitante y prometedor. Pero estas mismas fuerzas han dado origen a serios y profundos desequilibrios que deben ser vistos como inquietantes amenazas para el futuro común.

Estas amenazas se derivan, primero, de la concentración del crecimiento económico y sus beneficios en los países industrializados y el crecimiento de la población, con sus concomitantes costos y presiones para los países en desarrollo. Lo anterior acentúa las diferencias entre ricos y pobres, tanto dentro de las naciones y como entre ellas, haciendo que sea, cada vez más difícil, enfrentar de manera corporativa los riesgos en nuestro futuro común, en el cual se ven amenazados los recursos naturales y los sistemas que hacen posible la vida en la Tierra.

El "orden mundial" de hoy es muy diferente al que prevalecía cuando se realizó la Conferencia de Estocolmo en 1972. La línea entre las naciones que tradicionalmente tienen y las que no tienen se desvanece a consecuencia del progreso económico que experimentan los países en desarrollo. También, se ha dado un movimiento hacia la democratización del proceso político en algunos países claves de América Latina y Asia, y ha emergido una democracia multi-social en Sudáfrica.

Los países en desarrollo de Asia y América Latina que crecen tan rápidamente encabezan la revitalización de la economía mundial, retando el dominio tradicional de los países industrializados y reconstruyendo el panorama geo-político.

Un reporte reciente del Banco Mundial subraya que en las décadas comprendidas entre 1974 y 1993, en conjunto, los países en desarrollo crecieron a una tasa ligeramente mayor (3%) a la de los países ricos e industrializados (2.9%), y se espera que crezcan alrededor del 5% anual en la próxima década, en comparación con el 2.7% de los países industrializados tradicionales.

Sobre esta base, un estudio elaborado por "The Economist" concluye que para el año 2020, China reemplazará el lugar de los Estados Unidos como la economía más grande del mundo, y nueve de los actuales países en desarrollo formarán parte de la lista de las 15 economías más pujantes a nivel mundial. India reemplazará a Alemania como la cuarta potencia económica mundial. El mismo estudio proyecta que la contribución de los países en desarrollo a la producción mundial aumentará a 62%, mientras que aquella de los países ricos e industrializados declinará al 37%. Pero siempre ha sido peligroso prestarle demasiada atención a los estudios basados en la extrapolación de las tendencias actuales, particularmente, cuando están limitadas a indicadores económicos estrechos. Existen pocas dudas de que la dirección apuntada por "The Economist" no sea válida. Tal como lo demostró la reciente crisis mexicana, los países en desarrollo pueden presentar severos retrocesos, aunque esto no necesariamente niega la tendencia general al crecimiento. Una serie de cambios radicales y brillantes en las políticas, realizados por el gobierno con el apoyo de la comunidad internacional, parecen indicar que el tropiezo de México fue temporal y que su economía empieza a activarse una vez más.

Las economías de algunos países en desarrollo también atraviezan por una gran transformación. A pesar de que la mayoría de las naciones más pobres y menos desarrolladas no han formado parte de este movimiento, muchas otras superado su rol tradicional de exportadores de materias primas. Actualmente, los productos manufacturados constituyen cerca del 60% de las exportaciones de los países en desarrollo, en lugar del 5% de 1955, y su contribución a la exportación manufacturera mundial ha incrementado del 5% en 1970 al 22% en 1993.

A la luz de estos pronósticos, el G-7, que hoy día no incluye ni un sólo país en desarrollo, se está convirtiendo en un anacronismo. El "orden mundial" actual permanece enraizado en el pasado, particularmente, en lo que se refiere a las relaciones norte-sur. En el Oeste todavía no hemos empezado a apreciar ni valorar las inmensas implicaciones geo-políticas del poder económico que está adquiriendo el sur. Aunque existe un movimiento hacia una economía global y más abierta al sistema de comercio, veo señales de una "fortaleza del norte" que se desarrolla mentalmente en los países industrializados y acaudalados que no representa un buen presagio para sus relaciones futuras con el mundo en desarrollo.

El crecimiento económico del sur está provocando sentimientos encontrados y respuestas de los países industrializados tradicionales, en concreto, de los países miembros de la Organización de Cooperación y Desarrollo Económico (OCDE). Por un lado, sus industrias exportadoras han recibido con beneplácito y han explotado con rapidez las oportunidades que se les han abierto en las economías de rápido crecimiento del mundo en desarrollo. Un reporte reciente de la OCDE postula que si China, India e Indonesia continúan creciendo a las tasas actuales, sin alterar los patrones actuales de distribución doméstica de ingresos, para el año 2010, unos 700 millones de personas en estos tres países (más que las poblaciones de América, la Unión Europea y Japón combinadas), tendrán un ingreso per cápita promedio equivalente al de España.

Por otra parte, cada vez más, los países miembros de la OCDE ven competencia en los países en desarrollo. Los bajos costos de producción y el aumento en la productividad está haciendo que sus productos manufacturados sean altamente competitivos en los mercados del norte, ayudando a mantener precios bajos para los consumidores pero sembrando una resistencia fuerte y creciente en los industriales de los países desarrollados quienes temen por sus inversiones y sus empleos.

Hay un coro de voces poderosas que incluye al financiero británico y miembro del Parlamento Europeo, Sir James Goldsmith, quien proclama que un comercio más libre con los países en desarrollo llevará al traslado masivo de la industria hacia el Tercer Mundo y a un desempleo de gran magnitud en los países de la OCDE, así como en los mismos países en desarrollo. En Japón, han empezado surgir posiciones similares.

El nuevo Sur continúa siendo la casa de la mayor parte de la pobreza mundial. Pero los países desarrollados nunca han sido homogéneos y el nuevo Sur tampoco lo será. Los rápidos cambios están ahondando los procesos de diferenciación, particularmente, entre aquellos países que crecen y aquellos que continúan atrapados en el estancamiento económico y la pobreza.

Lo cierto es que no importa si los países en desarrollo siguen o no el mismo patrón de crecimiento que siguieron países industrializados más maduros, su impacto, sin duda alguna, nos llevaría más allá de los umbrales de la seguridad y la sostenibilidad. Nuestro futuro ambiental será determinado principalmente por lo que suceda en el mundo en desarrollo. Quienes hemos creado estas situaciones peligrosas y nos hemos beneficiado con la mayoría de los procesos de industrialización que les han dado origen, no podemos negar el derecho de los países en desarrollo a crecer. Tampoco sería justo, razonable ni práctico imponer restricciones unilaterales a su crecimiento en nombre del medio ambiente.

El nuevo Sur está acentuando más y más los grandes problemas globales tales como el cambio climático, la reducción del ozono, la degradación de los recursos biológicos y la pérdida y deterioro de las tierras cultivables. China ya se ha convertido en la segunda fuente de emisiones de CO₂ y de seguro le ganará a los Estados Unidos el honor de convertirse en la primera. Mientras tanto, en los países del norte, se ha vuelto más difícil mantener los niveles de interés público y compromiso necesarios para apoyar acciones que solucionen tales problemas.

Se está desarrollando una serie de paradojas que muy pronto confrontará a los países industrializados con las naciones en desarrollo, provocando tensiones y retos dolorosos. Mientras que la eficiencia y la competitividad de las economías produce un mayor producto interno bruto, los beneficios son acumulados por una minoría poseedora de capital y conocimiento. Esta clase tiene una alta movilidad y aquellos que pertenecen a ella pueden trasladar sus recursos y sus actividades más allá de las fronteras nacionales. Por otro lado, la existencia de una pobreza extrema, cuyas deprivaciones y sufrimientos subsecuentes afectan a 1.300 millones de los habitantes del mundo, cuestiona las bases morales de nuestra civilización, sobre todo si se considera que contamos con los medios para erradicarla. Necesitamos la aserción de una nueva voluntad política y moral que, a su vez, produzca la innovación social y económica requerida para ingeniar medios que enfrenten la pobreza de manera efectiva.

La brecha entre pobres y ricos, privilegiados y no privilegiados, está profundizándose, tanto dentro de las economías como entre ellas. Si este proceso no se revierte, inevitablemente, dará origen a mayores tensiones sociales y aumentará las posibilidades de que ocurran conflictos.

En las etapas iniciales de un nuevo ciclo de crecimiento económico, estas presiones pueden ser aliviadas conforme los beneficios llegan a algunos de los sectores más

pobres de la población. Esto sucedió en EEUU entre 1929 y 1969, y existe evidencia de que está ocurriendo en cierta medida en países como India. Pero el hecho de que sociedades industriales modernas y competitivas requieren menos mano de obra y mayor capital, finalmente llevará al ensanchamiento y el atrincheramiento de la brecha entre pobres y ricos, tal como la experiencia de los EEUU y el Reino Unido lo está demostrando.

El capitalismo democrático debe encontrar formas de tratar con estos dilemas emergentes o correrá el riesgo de convertirse en la víctima de su propio éxito. Debe ser tan efectivo para enfrentar las necesidades ambientales de la sociedad como lo es para generar el crecimiento económico.

"The Economist", publicación que difícilmente podría ser calificada de radical, indicaba en un artículo reciente que "si la predicción de Marx del proletariado hundido en la miseria a causa del capitalismo no se ha cumplido hasta el momento, la creciente brecha entre los que tienen y los que no tienen está provocando que algunos piensen que Marx no se equivocó en este punto después de todo".

La globalización del capitalismo está produciendo una nueva cultura universalizadora simbolizada por CNN, productos de marcas como la Coca-Cola, Mc Donald s y Levis, la música "pop", los centros comerciales, los aeropuertos internacionales y las cadenas de hoteles. Para una minoría privilegiada, esta cultura le ofrece una excitante y extensa gama de oportunidades y experiencias. Pero la mayoría, particularmente, del mundo no occidental que vive al margen de esta cultura y se alimenta sus migajas, la vé como algo extraño e intimidante, generado por la dinámica de la modernización de la cual son más víctimas que beneficiarios. No es de extrañar que muchos reaccionen con ansiedad y rechazo, buscando refugio e identidad en sus propios valores y culturas tradicionales. Este choque entre modernismo y fundamentalismo ha hechado profundas raíces seculares así como dimensiones religiosas y está produciendo una nueva generación conflictiva y turbulenta.

Mi compatriota, el Profesor Thomas Homer-Dixon, explica la creciente predisposición a los eco-conflictos como el resultado de la competencia por tierras y otros recursos que se han vuelto escasos a nivel local, y la competencia por recursos compartidos como los sistemas de ríos y áreas comunes como los océanos. La reciente confrontación entre Canadá y la Unión Europea alrededor de la reducción de las reservas pesqueras es un presagio de ello.

Mientras tanto, los médicos advierten sobre los riesgos crecientes de que emerjan nuevas enfermedades y resurjan nuevas manifestaciones de las enfermedades contagiosas tradicionales, como la tuberculosis y la malaria. Aunque estos problemas se presentarán principalmente en los países en desarrollo, no hay manera de que los países desarrollados puedan aislarse de ellos o de sus consecuencias.

Entonces, ¿cuál sería la respuesta para este desconcertante complejo de fuerzas que están conformando nuestro futuro? La Cumbre de la Tierra que tuvo lugar en Río de Janeiro en 1992 y las conferencias subsecuentes sobre Derechos Humanos en Viena, Población en Cairo, la Cumbre Social en Copenague y la Conferencia de la Mujer en Beijing, señalan la necesidad de una acción más concertada, cooperativa e integrada de la comunidad mundial para manejar estos temas. La Cumbre de la Tierra produjo dos convenciones importantes, una sobre el Cambio Climático y otra sobre la Diversidad Biológica y dio origen a la Convención sobre la Desertificación que ha sido añadida a la Declaración de Río y la Agenda 21.

A pesar de todas sus flaquezas, los Acuerdos de Río representan el plan de acción más extensivo y comprensivo para el futuro de nuestro planeta que los gobiernos hayan acordado jamás. El hecho de que fueran acordados palabra por palabra por virtualmente

todas las naciones del mundo, muchas de ellas representadas por sus más altos jefes, les otorga un grado único de autoridad política. Pero, como ya dejé claro en mi declaración final en Río, eso no nos garantiza que los acuerdos se ejecuten.

Cuatro años después de la Cumbre de la Tierra, todavía es muy pronto para pronunciar un juicio final sobre sus resultados. Aún cuando se ha progresado en algunas áreas, tengo que decir que todavía hay muy poca evidencia de que se esté dando el cambio fundamental que se imploraba. La primera Convención para el Cambio Climático en Berlín en 1995 se las arregló para armar un acuerdo que mantuviera vivas la ejecución y las negociaciones futuras, pero resaltó las diferencias que existen entre los países industrializados y los países en desarrollo y el grado en que la voluntad política ha menguado desde la Cumbre de Río.

El progreso que se ha hecho en el manejo de muchos de los problemas ambientales más visibles y agudos en los Estados Unidos y otros países industrializados está fomentando un sentido creciente de apatía y complacencia.

Una nueva generación de líderes brillantes, provenientes tanto del sector empresarial como del gubernamental, se está dando cuenta de que las prácticas y políticas económicas sanas deben integrar consideraciones ambientales y sociales. Este es el mensaje principal del libro "Cambiando el curso", el reporte para la Cumbre de la Tierra del líder industrial suizo, Stephan Schmidheiny, y otros 50 dirigentes de grandes corporaciones. Éste pedía cambios fundamentales en las prácticas económicas y en la conducta, basados en el compromiso hacia la "eco-eficiencia" -eficiencia en el uso de la energía y los recursos y en la reducción, el desecho y el reciclaje de los residuos-. La eco-eficiencia es tan buena para la empresa como lo es para el medio ambiente.

La vieja máxima de que "el conocimiento es poder" ahora va acompañada por la comprensión de que "el conocimiento es dinero" y, por lo tanto, una fuente primaria de recursos económicos. La creciente tendencia de convertir el conocimiento en una propiedad intelectual, podría reducir las reservas totales de conocimiento y restringir el acceso de aquellos que no tienen capacidad de compra a los productos de la investigación y el desarrollo. Eso pondría en desventaja a los países en desarrollo, cuyas necesidades son las más grandes. Debemos interesarnos por asegurar que ellos tengan acceso a tecnologías y técnicas del más alto nivel para que el desarrollo no represente una presión adicional para su medio ambiente y sus recursos naturales.

Está claro que debemos interesarnos por que el nuevo Sur tenga tanto los incentivos como los medios para hacer la transición hacia la sostenibilidad. Esto significa facilitarles el acceso a tecnologías del más alto nivel y al capital adicional que necesitarán para emplearlas. Sería poco realista esperar que ello resultaría de un incremento de la tradicional ayuda internacional. Pero los gobiernos de todo el mundo continúan gastando miles de millones de dólares en subsidios directos e indirectos en actividades contrarias al desarrollo sostenible como los agroquímicos y los combustibles fósiles.

La energía es punto central del desarrollo ambiental. El consumo comercial de energía en los países en desarrollo de Asia está creciendo a un ritmo superior al de los países de la OECD. El reporte para 1993 del Consejo Mundial de Energía estimó que para el año 2020, los países en desarrollo necesitarán unos \$30 billones en nuevas inversiones para poder enfrentar las necesidades crecientes trazadas por los actuales patrones de uso y eficiencia. Eso representaría un monto superior en un 50% al producto nacional bruto del mundo entero.

La única respuesta es un compromiso masivo con la eficiencia energética. Tanto en términos económicos como ambientales, es esencial una inversión en energía eficiente y sensible en los países en desarrollo, así como en las naciones desarrolladas. Mi

compañía, Ontario Hydro, está llevando a cabo un programa masivo para la eficiencia energética y recientemente se agrupó con otras empresas eléctricas e institutos para formar la Colaborativa para la Eficiencia Energética Global que patrocinará el movimiento hacia la eficiencia energética alrededor del mundo.

La ayuda internacional disminuye y la inversión privada dirige su financiamiento hacia los países que se desarrollan con mayor velocidad. De acuerdo con esto, debemos ofrecer incentivos y mecanismos financieros novedosos para asegurar que el capital privado apoyará un desarrollo que sea sostenible. Esos nuevos mecanismos financieros puede utilizar los mercados para canalizar los fondos disponibles para mejorar el medio ambiente hacia los lugares donde serían mejor aprovechados. Sólo mediante un capital privado "verde" podremos hacer la transición hacia la sostenibilidad prevista por la Agenda 21 de la Cumbre de Río.

Una variedad de nuevos actores no gubernamentales está emergiendo y convirtiéndose en agente primario del cambio. En el campo del medio ambiente y el desarrollo sostenible, los proyectos post-Río más excitantes y prometedores se desarrollan fuera de los gobiernos. Ha ocurrido una virtual explosión de actividades e iniciativas provenientes de organizaciones locales, grupos civiles y otros sectores claves de la sociedad, incluyendo el sector privado. Uno de los vehículos más prometedores es el establecimiento en más de 100 países de Consejos Nacionales para el Desarrollo Sostenible que reúnen a representantes del gobierno y miembros de la sociedad civil con el fin de desarrollar "Agendas 21" nacionales y locales.

El Consejo de la Tierra, cuya sede se encuentra en San José, Costa Rica, es un producto exclusivo de la Cumbre de la Tierra. Es una nueva clase de organismo global no gubernamental, diseñado para actuar como catalizador a fin de facilitar y apoyar la ejecución y el seguimiento de los Acuerdos de Río. Para ello cuenta con una red de unas 20.000 organizaciones. Su misión principal es apoyar y dotar de poder a las personas, proveerles la información y las herramientas necesarias para desarrollar a nivel local sus propias Agendas 21, involucrar a las personas, las comunidades y los organismos locales en los amplios procesos de diseño de políticas y de toma de decisiones que los afectan, y hacer que sus voces, que rara vez son escuchadas y tomadas en cuenta, sean cada vez más fuertes.

